

## La polución del lenguaje

En este vasto delirio patológico de contaminación, adulteración y vaciamiento de nombres, conceptos y definiciones, la realidad política ha infestado el lenguaje. Como el mar que recibe pasivamente los desechos nucleares, como la tierra y la atmósfera que se van envenenando vertiginosa e irremediablemente con la respiración de la era tecnológica al servicio, en su mayor parte, de la destrucción —no sólo del *verde* que defienden con ingenua buena fe los ecologistas, sino también y por sobre todo de la existencia de la humanidad, de la totalidad existencial y ontológica del ser humano— el lenguaje se ha convertido en vaciadero de las supercherías más cínicas que registra la historia cultural y política de la civilización.

No hay más que mirar el comportamiento depredador de las superpotencias y ver de qué manera los medios de información que le son dependientes se empeñan hasta la exasperación en ocultarlos —si no en legitimarlos—, en oleadas de desinformación que en contados segundos cubren la faz del planeta. Tal vez los métodos de la democracia «pluralista» norteamericana (léase CIA, Pentágono, Departamento de Estado, agencias multinacionales de noticias) y los del socialismo totalitario de la Unión Soviética (léase agencia Tass, portavoces del Gobierno, del partido único y de las fuerzas armadas, KGB, etc.) no sean meros calcos unos de otros. Los objetivos son los mismos, aunque inversos. Resulta escalofriante comparar (en los hechos y en las noticias) lo que sucede en el área del Caribe y de América Central —las zonas álgidas del momento—, lo que acaece en los «protectorados» de Chile, Uruguay, Paraguay), la reciente «intervención» (eufemismo insidioso que sugiere operación de quirófano) en Granada, y las que se ciernen sobre Cuba, Nicaragua, El Salvador y Guatemala, con las réplicas simétricas en Afganistán, en Polonia, todas ellas en la buena tradición de las «intervenciones» soviéticas. Tal para cual. No son menos tipificadoras las «alianzas» y las «ayudas» de uno y otro poder imperial, los abscesos de fijación que ambos sostienen en sus respectivos campos de influencia o de dominio para ganar o reforzar sus ventajas en el contexto de la «guerra fría» (otro eufemismo semántico que sólo adquiere sentido frente a la otra guerra: la «caliente» por un millón de soles radiactivos, la definitiva). La guerra fría, por otra parte, no cesó un solo día a partir del término de la segunda guerra mundial, entre los «aliados» de la víspera: esos que sentaron a sus grandes leones en los sillones de Yalta para echarse su partida de póker sobre el nuevo orden mundial.

## De lo grande a lo pequeño

Si en este complicado rompecabezas en el que cada patrón tiene su propio código que se niega a ser extrapolado o traducido al lenguaje del otro, resulta muy difícil analizar o describir procesos en curso de región a región, de país a país, más difícil aún es describir o analizar proyectos que no se han llevado todavía a la práctica. Esto en cuanto a los grandes segmentos del mundo posados en los platos de la balanza. No hablemos ya de los países pequeños situados en lo que se ha dado en llamar zonas periféricas (periféricas en relación con las potencias centrales de las cuales dependen).

Países y sociedades muy perturbadas por la perversión de la historia bajo el signo de la dominación y de la dependencia. Países como borrados o caídos del mapa.

A esta clase de países corresponde el Paraguay. Hemos visto cómo la guerra de la Triple Alianza, instigada y financiada por el Imperio británico, lo devastó y lo condenó a ser el furgón de cola entre los países de América del Sur, luego de haber sido hasta 1865 el más próspero y adelantado, el más fuerte también como potencia militar. La guerra de cinco años que aniquiló el Paraguay fue la primera gran contienda internacional en América Latina. Ella ilustró con bastante nitidez sobre los procedimientos que las potencias coloniales utilizan para allanar la expansión de su poder. Molesto por aquel increíble experimento precursor de soberanía política y libre determinación, el Imperio británico decidió convertirlo en víctima propiciatoria para la buena marcha del librecambio en el Río de la Plata, y lo logró lanzando a dicha infortunada guerra a los dos grandes países limítrofes por mediación de la oligarquía portuaria de Buenos Aires y los centros de poder económico-financiero del Imperio brasileño, dependientes de Gran Bretaña.

Al Paraguay no le quedó desde entonces más que una catástrofe de recuerdos de su grandeza pasada que sopla a la cara de los sobrevivientes ráfagas de pesadilla en esa especie de irrealidad en que se ha coagulado su historia. La fecha de la destrucción de este país coincide —hecho sintomático— con la crisis y liquidación del liberalismo político —una suerte de girondinismo oligárquico— que desemboca en el pacto neocolonial bajo la insignia de la «independencia protegida» y que va a ser copado por el imperialismo norteamericano durante la segunda guerra mundial.

De este modo, la sociedad paraguaya, a la deriva de los acontecimientos y sometida a la sucesión de guerras civiles, a la anarquía de su reorganización política y administrativa, al flagelo de los gobiernos de fuerza —civiles o militares— no vivió sino limitados paréntesis de paz pública que dieron, pese a todo, notables figuras de vocación y acción civilista. Ellos marcaron la pauta de que la vieja aspiración del pueblo paraguayo a la convivencia pacífica en un estado de derecho estaba viva, puesto que se encarnaba de tanto en tanto esos en hombres excepcionales.

De 1932 a 1935, una nueva guerra internacional fraguada esta vez por los intereses de la competencia petrolera entre grandes empresas norteamericanas y británicas sobre el detonante de un antiguo litigio de fronteras y títulos mal demarcados (¡siempre las erupciones de la balcanización!) entre Bolivia y Paraguay, arrastró a estos pueblos hermanos, igualmente pobres e infortunados, a desangrarse en los campos de batalla sobre un vasto desierto que era para ambos pueblos parte de *la patria*, pero que, en definitiva, sólo pertenecía, de hecho, a las potencias comedoras de pueblos. Paraguay y Bolivia dejaron doscientos mil muertos sobre esta inmensa llanura polvorienta, donde según León Pinelo, el famoso teólogo de Chuquisaca, estuvo situado el Edén. Ironías de pequeñas fábulas escatológicas y místicas en medio del sufrimiento real de los hombres. Afortunadamente, el árbol del Bien y del Mal del primer jardín, la manzana del pecado y la serpiente de bífida lengua no aparecieron en la mesa de conferencias de la paz del Chaco, porque acaso hubieran desencadenado una nueva guerra de religión o de exégesis de títulos y fronteras bíblicas.

Algo tuvo de bueno, entre tantos males, aquella feroz guerra fratricida: el pueblo

combatiente descubrió por enésima o milava vez que la pretendida diferencia entre civiles y militares profesionales no existe a la hora de la verdad cuando se trata de poner el cuerpo a las balas; que tal diferencia y privilegio sólo funcionan a favor de los militares cuando éstos se apoderan del poder, se transforman en «hombres fuertes» y convierten el país en un gran regimiento o en un campo de concentración. Los métodos de represión y exterminación se tornan entonces más fáciles con la ventaja de su impunidad.

Otro acontecimiento memorable produjo aquella guerra de patriotismo activo, pero inútil: un gran movimiento nacional de excombatientes, es decir, del pueblo en armas, como la nebulosa de un partido político en formación de neto corte socialista y popular, que se incorporaba con la dinámica de un hecho histórico y natural a la escena política paraguaya, teatro exclusivo de los dos viejos partidos tradicionales que se quisieron desde el origen, liberal y democrático el uno, nacionalista y populista el otro, y que trataron también desde su origen de tomar como feudo propio la vapuleada realidad paraguaya. La democracia era para ellos —lo sigue siendo— el monopolio del poder por el más fuerte en armas, en fraudes, en golpes de cuartel o de estado; la alternancia sólo era posible por estas vías violentas del atraco de cuartel, de las revueltas y las guerras civiles. Formados en la terrible matriz de la posguerra, coetáneos de aquella época sombría, entre escombros, y bajo la ocupación militar de los vencedores, ambos partidos pagaban, cada uno a su modo, su derecho a existir como expresión de la voluntad cívica de un pueblo destrozado, pero no muerto.

El movimiento nacional surgido de la guerra del Chaco como reencuentro y voluntad de unión de las capas sociales más sufridas del país: campesinos, profesionales de la pequeña burguesía de las ciudades, etc., era una alternativa nueva e inédita. El movimiento revolucionario febrerista —llamado así por su emergencia y toma del poder el 17 de febrero de 1936— acabó con la larga dominación liberal. Pero, por desgracia, el primer impulso de revolución socialista como hecho en cierto modo espontaneísta de sus masas, fue rápidamente copado por ideólogos reaccionarios de clara inspiración fascista, que frustraron su inserción en el panorama de la política nacional, por lo menos en su primera fase, como la respuesta moderna y coherente y de inspiración genuinamente nacional a las necesidades del país y de un gran sector de la ciudadanía más joven, que no encontraba ya en las vías de los dos partidos tradicionales (Partido Liberal, Partido Republicano o Colorado) la posibilidad de expresión de sus aspiraciones. El Partido Revolucionario Febrerista fue derrocado por los liberales, y no tuvo más remedio que replegarse en un proceso de depuración de las toxinas que le habían inoculado y de decantarse en el duro ejercicio de la oposición desde el llano; es decir, volver a recomenzar desde el principio, quemando etapas y poniéndose a tono con las responsabilidades emergentes del orden nacional en el contexto de las cambiantes correlaciones de fuerza en el orden internacional y mundial.

Lo escuetamente apuntado proponía los elementos y los respectivos campos de energía social que podrían haber dado comienzo por lo menos a un esbozo del pluralismo democrático en Paraguay: tres partidos políticos, incluso el desarticulado partido comunista enfrentado en feroces facciones rivales: prosoviética, prochina y otros grupúsculos facciosos; un partido de extrema izquierda que aun en sus